

sario tener una monarquía extensa para ejercer una influencia poderosa. Cincuenta ciudades y muchos populosos burgos, prestaban acatamiento al conde Raimundo VI. Ciento diez castellanos recibían de él sus castillos en feudo; las damas que presidían los torneos y las cortes de amor, todas sabedoras y expertas en materias religiosas y literarias, formaban como guirnaldas de su corte; multitud de caballeros, tan hábiles en esgrimir la espada como en pulsar el laúd, seguíanle dispuestos á recoger la partesana y la copa, á empuñar el alcón ó el estoque, á beber sangre ó vino; cortesanos venidos de todas las regiones, y á quienes sólo se preguntaba por su gracia y por su talento, aumentaban la cultura intelectual y extendían el comercio de las ideas al par que regocijaban las fiestas y enardecían las pasiones en aquella tierra voluptuosa, llena por aquella sazón de inspiraciones varias que animaban una eterna poesía. Nada, sin embargo, más ligero, más tornadizo, más sensual, más pedantesco que todas estas gentes por todo este tiempo. La bella condesa Ermengarda, sostenía en sentencia solemnemente publicada, que el marido divorciado podía muy bien ser amante de la mujer propia, cuando se hubiera casado ésta con otro. Eleonora de Bullenna también aseguraba que el amor no podía existir entre los casados. En medio de todo este imaginario lo que sería el conde Raimundo, dominador de tierras que hizo harenes, rico en oro que consagrara al placer; de corazón abierto á todas las pasiones; de inteligencia poseída por la contradicción y el dualismo oriental; más escéptico que creyente; amigo de los herejes por sus inclinaciones, y sin resolverse contra el Papa por temor á un castigo que hubiera enturbiado sus regocijos y distraído de sus amores y de sus fiestas. Jefe verdadero en el fondo de la doctrina herética, no lo aparecía en la forma; como incierto en sus decisiones, tornadizo en sus ideas, dispuesto siempre á procurarse placeres hasta en medio de las batallas. No era, no, tan resuelto, tan creyente, tan franco, tan leal como el conde de Foix y el mismo de Beziers, los cuales abrazaran la herejía con el ardor de quien abraza una nueva religión y le ofrece desde la libertad hasta la vida. Todos estos maniqueos, medio judíos y medio árabes, magos persas con puntas y ribetes de cristianos místicos, adoradores de una doctrina incierta y flotante, tenían frente de sí á un hombre como Inocencio III, el cual personificaba ya un dogma completamente definido, una disciplina ya completamente arraigada, una Iglesia ya triunfante, la unidad en idea, la unidad en acción, la unidad en el poder, mantenidas todas estas unidades por un sentimiento vivísimo del derecho, digno de la vieja Roma, y por un predominio sobre los reyes, como no lo habían tenido jamás ni Alejandro III, ni Gregorio VII en el auge de su poder y en el cenit de su soberanía. La batalla debía ser, pues, suprema y terrible.

Lo primero que hizo Inocencio III fué condenar la herejía con aquella fuerza de lógica y aquella vehemencia de palabra que tanto distinguían su temperamento; y lo segundo enviar delegados como Pedro de Castelnau y Rodolfo, monjes de las órdenes más adictas á la Santa Sede, para que moviesen las potestades civiles contra las tendencias espiritua-

les que se apartaban del seno de la Iglesia. Los legados, escogidos por el Papa, y representantes de la autoridad pontificia, no podían contrastar la mala opinión que su convento de Citeaux alcanzaba en todo el Mediodía de Francia, por creerlo duro, intolerante, cruelísimo al par que sensual, voluptuoso y epicúreo. Un día que estos monjes abandonaban sus cómodos claustros para dirigirse á combatir la herejía con una especie de legión, asistida por toda clase de comodidades, y relumbrante de opulencia, detuvieronlos un prelado español y un monje, obispo aquél de Osma, y conocido éste con el nombre célebre de Domingo de Guzmán, los cuales iban al mismo destino, pero como se debe ir á las cruzadas espiritualistas, vestidos de sayal, descalzos los pies, pegado el cilicio á las carnes; despidiendo de los ojos febriles y de las manos huesosas los efluvios de un misticismo exaltado, asequible á la soledad, á la maceración y á la penitencia. En efecto, pocos hombres han dejado en la Historia y en el mundo las huellas que el español Santo Domingo de Guzmán. El fundador de la Inquisición, el que diera su nombre á este terrible tribunal de venganzas, se aparece ante la Historia como un modelo perfecto de abnegación y de caridad inenarrables. Ningún dolor humano se presentaba por sus vías en el mundo sin que cayera en seguida sobre su corazón como un propio dolor. Rico, valeroso, noble; todas las ventajas que procuran la cuna, la gloria, el oro, cámbialas de grado por la satisfacción de hacer el bien. Ya joven, estudiando en Palencia, se arruinó por acorrer á los enfermos de una terrible peste. Entró en la orden de San Agustín, reformada por el obispo de Osma, sin más objeto que abrazar su austerísima severidad, y todavía fundó otra más severa, con expreso encargo de predicar la religión, así por la elocuencia de la palabra como por la santidad del ejemplo. Pocos hombres hubieran hecho lo que hizo Santo Domingo de Guzmán, permanecer como un monje de la Tebaida, ayuno, casto, macerado, penitente en medio de aquella Provenza, que era como una orgía perpetua, tentadora, y en sus tentaciones invencible. Comprendiendo que el interés debía en alguna parte y en alguna medida mezclarse á las ideas, malbarató sus bienes, tan sólo para tener recursos con que comprar almas al diablo. Cuando ya lo hubo perdido todo, agotado todo, puesto todo en manos de unos y de otros, como le dijera una pobre mujer albigense que si de la secta se retiraba, quedaría completamente arruinada, quiso venderse como esclavo, tan sólo para rescatar aquella pobre alma. Las gentes imaginaban que Santo Domingo se mantenía por medios sobrenaturales, puesto que se sustentaba casi del aire, y apenas dormía en aquellas sus noches entregado completamente á meditaciones y á plegarias. Así era querido del pueblo, aun de sus mismos enemigos, mientras era odiado Pedro de Castelnau, violento en sus palabras, y más violento aun, por inclinaciones de un natural irremediable, en su proceder y en sus obras. Así, como quiera que un día insultara gravemente á Raimundo VI, un criado de éste, que oyó tales palabras, juró vengarlas y le partió el corazón de una puñalada. Imaginaos cómo sentiría esta herida, en sus propias entrañas

abierta, el orgulloso Inocencio. La guerra, pues, fué terrible. Lo que más indignaba ciertamente á un hombre de la decisión de Inocencio III era la indecisión de Raimundo VI. Aún le perdonara mejor la herejía franca que la doblez, el disimulo y la incertidumbre. Formábase allá en su corte un proceso, y sentía más encontrarlo débil que encontrarlo heterodoxo. Aunque jamás fué Raimundo un hereje declarado y franco, decía que deseaba educar á sus hijos en la heterodoxia; y daba cien marcos de plata á aquel de sus caballeros capaz de abrazar la nueva creencia; y si recibía cualquier regalo de los herejes, guardáballo como el mejor de los presentes que pudieran enviarle en el mundo; y si los encontraba á solas, demandábase su santa bendición; y si le pasaba cualquier caso adverso, atribuía el origen de nuestro planeta al diablo; y por las noches se recataba de todo el mundo y se iba disfrazado á oír las predicaciones albigenses; y obligaba á sus bufones á que caricaturaran la misa en farsas indecentes; y despreciaba el matrimonio hasta el punto de despedir á sus mujeres cuando le cansaban, y de tener como un musulmán su serrallo; imputaciones todas concebidas en los ardores de la guerra y exageradas por la superstición y el fanatismo.

Ya puede imaginarse cuánto sería el horror de Inocencio III al asesinato de su delegado por obra de este nombre y cómo suscitaría en su contra las potestades todas del cielo y de la tierra. No le bastaba con arrancar al empero sus rayos y fulminarlos contra la cabeza del protervo; no le bastaba con pedir á Dios todas las llamas que Dios puede despedir en sus furiosos; no le bastaba con volverse indignado hacia las cuatro partes del horizonte para ver si los ángeles exterminadores, descritos en el Apocalipsis, venían á sus conjuros y perpetraban el exterminio de los herejes; vicario de Cristo, Rey de Reyes, á los cuales trataba como un padre celoso á sus hijos en la menor edad, exigía de los tribunales sentencias, de los poderes públicos fuerza, de los ejércitos armas, de los verdugos muerte para desarraigar la herejía y perder en este mundo y en el otro á todos los herejes. Así Raimundo VI tembló; y á pesar de contar con un ejército, cedió, porque la autoridad pontificia, que lo tenía ya anatematizado por lo que llamaba sus crímenes, lo excomulgó por sospechoso de complicidad en la muerte de su legado. Y alza el juramento á sus vasallos, y pone en absoluto entredicho á su reino y conjura á los ejércitos para que talen sus tierras y á los Reyes para que conquisten sus ciudades, y declara que no debe guardarse fe con ninguno que no la guarde al Dios vivo y á sus vicarios y representantes sobre la tierra. Raimundo VI comprendió que no podía habérselas con poder tan fuerte; y trató de captarse la amistad y la benevolencia pontificia, sometiendo á un sínodo ó tribunal eclesiástico á quien le arrancó una absolución tristemente alcanzada á costa de humillaciones sin número, como presentarse desnudo en la iglesia, someterse á que lo azotaran con espinos, y jurar obediencia ciega y constante á la santa Iglesia Católica; no sin darle en prendas, como seguro de su palabra empeñada, la vida y la persona de su hijo. ¡Inútiles humillaciones! Lo

más amargo le quedaba por devorar todavía en su irreparable desgracia. Después de haberle azotado, escupido, puesto en la picota de una iglesia, pasado ante la tumba de Pedro de Castelnau, obligáronle á tomar públicamente el mando de la cruzada contra los herejes á quienes quería en secreto, y á pagar con su propio oro y con su propia sangre la ruina de los suyos y la exaltación de sus eternos é implacables enemigos. El primer amenazado fué el señor de Beziers. A la voz del Papa se reunió la cruzada y se empezó la irrupción del condado, herido por los anatemas pontificios, y el sitio de su poderosa capitalidad. Innumerables tiendas le rodeaban. Numerosos obispos generales dirigían huestes á las que exaltaba la esperanza de mayor premio en éste y en el otro mundo. El duque de Borgoña, cuya diadema ducal eclipsaba hasta las coronas imperiales y cuya familia se asentaba en el trono de Portugal y de Castilla, dirigía también numeroso y aguerrido ejército. Tropas de aquellos suizos, que cuatro siglos más tarde lucharían porfiadamente por la Reforma; caballeros del centro de Francia; muchos alemanes formaban parte también de este poderosísimo ejército suscitado por la autoridad pontificia que tocaba entonces en el cenit de su poder y de su gloria.

Pero el jefe de todos, quien personificaba la guerra en su crueldad nativa, en su fe ardiente, en su valor heroico, en su tenacidad incontrastable ¡oh! era Simón de Monfort, cuyo nombre todavía dura en la memoria humana y cuya huella de sangre y desolación todavía no se ha borrado tras seis siglos en el Mediodía de Francia. Terribles verdaderamente estos condes de Monfort, parecidos por el horror hereditario, que á su nombre y á su familia se unen, parecidos á los Atridas y á tantos otros feroces personajes que han dado asuntos dolorosos á la leyenda y á la tragedia. Creíanse descendientes directos de Carlo-Magno, y por ende, con más derecho al trono de Francia que los humildes Capetos. Enlazábanse, por razón de su madre, con las dinastías de Inglaterra. Su abuela Bertrada dejó el lecho de su marido; un conde de Anjou, para irse al lecho de Felipe I, rey de Francia; con ánimo de envenenar á sus hijastros y recabar la corona francesa para sus hijos. Un Monfort combatió por los municipios británicos, abriéndoles con su espada las puertas del Parlamento y formando casi esa Cámara de los Comunes, que tanta gloria y tanta libertad ha dado á su patria. Pero favorecido por la fortuna, vencedor en los campos de batalla, dueño del monarca, propietario un momento de la monarquía inglesa, congregáronse á una contra él todas las adversidades juntas y perdió el poder y la vida. Mas no se quedó sin venganza. Su hijo paseaba cierto día por las ciudades de Italia, cuando topó con un sobrino del Rey de Inglaterra, del enemigo de su padre. Entraba el joven príncipe inglés en un templo, y hubiérase creído que le preservaría de todo atentado la santidad del lugar y el fervor con que rezaba. Pero el Monfort, cegado por sus pasiones, no atendía, no, á ninguna consideración humana, tomado el vértigo de la venganza. Así entró en la Iglesia, desenvainó su estoque, y atravesó al príncipe de parte á parte, en los pies mismos del altar.

Y como le dijeran, al verlo salir, unos caballeros, que á su padre lo habían arrastrado en Inglaterra, volvióse atrás, cogió el cadáver por la cabellera y lo arrastró desde la iglesia á la plaza. ¡Trágica y siniestra familia! Simón de Monfort se había educado en las tempestuosas espirales de estas grandes pasiones. Mucho endurece los corazones oír á todas horas relatos sangrientos y trágicos de la propia familia y tener que odiar á los tiempos pasados y á las generaciones muertas. Su juventud corrió en Tierra Santa y en la lucha le gendaria con los asesinos. Así el catolicismo y la ortodoxia formaron como la sangre de su sangre, como la carne de sus carnes, como los huesos de sus huesos. La cuarta cruzada le encontró en el camino, cuando volvía de Oriente. Y como la divirtieran de sus naturales fines, y la consagraran á objetos ajenos á ella; el Papa la excomulgó; y entre todos los guerreros, ninguno como Simón de Monfort, tuvo el coraje necesario para leer ante los cruzados la bula de excomunión. Este hecho le valió su poder y su fortuna. Todo en él era valor y valor consagrado al servicio de la religión católica. Puede decirse que parecía un sacerdote en armas. El coraje natural á su gente, aumentábale su mujer, tan valerosa como él, pues fué capaz de reunirle un ejército y de acorrerle en una de sus mayores necesidades. Tal era el general de la Cruzada, un hombre á todo dispuesto por el catolicismo primero y después por sus propias ambiciones. Así la guerra tomó el aspecto de una de aquellas guerras asiáticas, movidas por odios irreconciliables y acabadas por el exterminio completo de los vencidos. Precisa evocar, la imagen de Tiro desarraigada de la tierra como árbol maldito, por la espada vencedora de Alejandro; el sitio de Jerusalén cuyos habitantes se matan unos á otros para no caer en poder del vencedor y los supervivientes van con las manos atadas á las espaldas y las cadenas ceñidas á las plantas como cautivos á extranjera tierra; la noche última de Babilonia ó de Nínive, ciudades que parecen por genios invisibles incendiadas y esparcidas á los cuatro vientos, para comprender esta horrible cruzada contra los albigenses, en que soldados del Dios de las misericordias, movidos por un Pontífice, comandados por obispos, llenos de indulgencias y de bendiciones, castigan, no ya la herejía, que de ser delito, lo fuera de pensamiento inaccesible á todas las fuerzas coercitivas, sino la tolerancia con la herejía, la caridad muchas veces, la compasión otras; y la castigan con el hierro, con el fuego, con la tala, con la despoblación, con las inmolaciones y los sacrificios de pueblos enteros caídos sobre las ruinas al bárbaro empuje de Monfort como á la hoz del segador las mieses sobre los surcos. ¿Qué le valía á Beziers la presencia de su obispo á la cabeza del ejército sitiador? Un horrible castigo. Pidiéronle á la ciudad con imperio la entrega de los maniqueos y se negó á ello. Esta generosidad bastó para que decretaran su muerte y se apercibieran á ejecutarla colectivamente sobre todo un pueblo. Defendióse éste con coraje, y aún salió de su recinto á impedir los preparativos del sitio. Temeridad sin ejemplo tal salida por la desproporción numérica entre sitiadores y sitiados. Perdiéronse éstos en el inmenso número de aquéllos, sin

lograr otra cosa que abrir las puertas de la propia ciudad y causar su pérdida y su ruina. En efecto, juntos entraron amigos y enemigos, dentro del recinto, mezclados, confundidos; y no hay para qué decir cómo predominaría el mayor número y cuán fácil resultaría por tanto aquella breve conquista.

En ánimos más humanos la facilidad de la victoria produjera el regocijo consiguiente á inesperado éxito; y este regocijo engendrara piedad y misericordia. En aquellos ánimos pervertidos por la superstición religiosa, tan sólo cambia la sañuda é implacable venganza. Los infelices vencidos, aquellos que escaparon á las primeras mordeduras de la rabia, reuniéronse en la iglesia de San Nazario, y los clérigos tocaron las campanas á rebato, no dice la crónica si para conjurar ó para traer la venganza. Lo cierto es que entraron en la iglesia los ortodoxos, y al pie mismo de los altares, en presencia de los signos más sagrados de nuestra redención, sin temor alguno á las divinas cóleras, así mataron á los fieles como á los infieles, á los laicos como á los eclesiásticos, á los ancianos como á los niños, á las mujeres como á los soldados. Trescientos mil hombres de toda Europa componían aquella manada de tigres. A la matanza siguió el saqueo, al saqueo siguió el incendio; como si quisieran castigar hasta en los cuerpos inanimados culpas de la conciencia sólo justificables en los tribunales de Dios. Entonces fué cuando un soldado más piadoso que los clérigos sus incitadores, se dirigió al abad de Citeaux preguntándole como distinguiría los fieles de los infieles, para castigar á éstos y perdonar á aquéllos. Y el abad le respondió «matad á todos, que Dios conocerá á los suyos en la otra vida». Varios cálculos traen los historiadores con respeto al número de víctimas inmoladas por este terrible mandato. Unos dicen que fueron treinta y ocho mil los muertos, otros que sesenta mil; Michelet, narrando en su animado y pintoresco estilo esta tragedia, dice: «el ejecutor mismo, el abad de Citeaux en su carta á Inocencio III, confiesa humildemente que sólo pudo degollar á veinte mil». Apenas hay medios de creer los horrores de este tiempo. Si no los contarán los mismo que los cometieran, creeríamoslo invenciones de sus enemigos, fábulas de la Historia. Precisa leer al monje del Valle, leer á Vicente de Beauvais, leer á los historiadores más acreditados para alcanzar toda la barbarie de esta terrible guerra. Lo más notable es que cuantos hechos referimos, los sacamos de escritos ortodoxos, porque todo lo escrito por los albigenses, todo, pereció en el universal exterminio. Simón de Monfort, para empezar sus hazañas y decir á los enemigos cómo iba inmediatamente á perseguirlos cortó las narices y arrancó los ojos á cincuenta prisioneros albigenses; dejando tuerto á uno sólo, que pudiese conducir á los infelices mutilados y ciegos á sus hogares y á su patria. Algo más horrible pasó todavía, y que muestra el refinamiento en la crueldad y en la venganza. Tomado el castillo de Minerva el año 1210, el abad Citeaux, á quien se le había deferido la decisión suprema sobre la suerte de los prisioneros, concibió y tendió la más singular celada que puede concebirse á un diabólico entendimiento. Todos los pri-